



Ramón de Mesonero Romanos

El duelo se despide en la iglesia

- I -

El testamento

«Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos
En este mundo traidor,
Que aun primero que muramos
Las perdemos.»

JORGE MANRIQUE

Solamente una vez en mi vida me he visto tan apurado...; pero entonces se trataba de un padrino de boda que la suerte y mi genio complaciente habíanme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasión dar suelta a la lengua y al bolsillo, y reír, y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces, y echar pullas a los novios, y cantar epitalamios, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera a la vecindad. Mas ahora ¡qué diferencia!... otros deberes más serios eran los que exigía de mí la amistad... ¡Funesto privilegio de los años, que blanqueando mi cabellera, han impreso en mí aquel carácter de formalidad legal que la Novísima exige para casos semejantes!

Día 1.º de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la protección del Santo Ángel de la Guarda, cuando vi aparecer en mi estudio una de esas figuras agoreras que un autor romántico no dudaría en calificar de siniestro bulto; un poeta satírico apellidaría espía del purgatorio; pero yo, a fuer de escritor castizo, me limitaré a llamar simplemente un escribano.

Venía, pues, cubierto de negras vestiduras (según rigurosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan a todo el mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne me hizo la notificación de su nombre y profesión:

-Fulano de Tal, secretario de S. M...

Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me argüía, no pudo menos de sorprenderme aquella exótica aparición... ¡Un escribano en mi casa! Pues ¿en qué puedo yo ocupar a estos señores? ¿Denuncias?... Yo no soy escritor político, ni tal permita Dios. ¿Notificación? Con todo el mundo vivo en paz, e ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. ¿Protesta? Un autor no conoce más letras que la de imprenta... Pues, ¿qué puede ser?

-Voy a decírselo a usted, me replicó el escribano, aunque me sea sensible el alterar por un momento su envidiable tranquilidad. Ignoro si usted es sabedor de que su amigo don Cosme del Arenal está enfermo.

-¿Cómo? Pues ¿cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó?

-Pues en este momento se halla muy próximo a llegar a su ocaso.

-¿Es posible?

-Sí, señor; una pulmonía, de estas pícaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecución; letras de cambio pagaderas en el otro barrio a cuatro días fijos, y sin cortesía -con arreglo al art. 447, título 9º, lib. 3.º del Código de Comercio-, ha reducido al don Cosme a tal extremidad, que en el instante en que hablamos está, como si dijéramos, apercibido de remate; y a menos que la divina providencia no acuda a la mejora, es de creer que quede adjudicado hoy al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora a nuestro propósito, debo notificar a usted, pro forma, cómo el susodicho don Cosme, hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama in articulo mortis, a causa de una enfermedad que Dios Nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento y declarar su última voluntad ante mí el infrascrito escribano real y del número de esta M. H. villa, según y en los términos en él contenidos y son como sigue.

Y aquí el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento, desde el In Dei nomine hasta el signo y rúbrica acostumbrados, y por dicha lectura vine en conocimiento de que el moribundo don Cosme había tenido la tentación -que tentación sin duda debió de ser- de acordarse de mí para nombrarme su albacea y encargado de cumplir su disposición final.

Heme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte, y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo a la consideración de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente a la casa del

moribundo, para recoger sus últimos suspiros y asistir a consolar a su desventurada familia. Encontré aquella casa en la confusión y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aquí y allí con cataplasmas y vendajes; los amigos hablándose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete a llevar el último alcance a la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino a darla aún mayor interés; ya se había traslucido el papel que me tocaba en ella, que, si no era el del primer galán -porque éste nadie se le podía disputar al doliente-, era, por lo menos, el de barba característico y conciliador del interés escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes, criados y demás referentes al enfermo me debían consideraciones, que yo no comprendí por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasión de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba, el bueno de don Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos críticos, entre la vida y la muerte, del que volvió por un instante a fuerza de álcalis y martirios. Su primer movimiento, al fijar en mí la vista, fue el de derramar una lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitían sus fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes períodos, creí escucharle estas palabras...

-Todos me dejan... mis hijos... mi mujer... el médico... el confesor...

-¿Cómo?, exclamé conmovido: ¿en qué consiste esto? ¿Por qué causa semejante abandono?

No haga usted caso -me dijo, llamándome aparte, un joven muy perfumado, que, sin quitarse los guantes, aparentaba aproximar de vez en cuando un pomito a las narices del enfermo-, no haga usted caso; todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza... Vea usted, aquí hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenía remedio, se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificación para la parroquia... El confesor quería quedarse, es verdad; pero le hemos disuadido, porque, al fin, ¿qué se adelanta con entristecer al pobre paciente?... En cuanto a la señora, ha sido preciso hacerla que se separe del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad, que los nervios se resentían, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que da al jardín; por último, los niños también incomodaban y se ha encargado una vecina de llevarlos a pasear.

-Todo eso será muy bueno, repliqué yo, pero el resultado es que el paciente se queja.

-¡Preocupación!, ¿quién va a hacer caso de un moribundo?

-Sin embargo, caballero, la última voluntad del hombre es la más respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa a su esposa, interesa a sus hijos, interesa a la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimos acentos.

-¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! -dijo el caballero, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete al jardín.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes, conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron

desapareciendo, y sólo dos criados, un practicante y yo quedamos a ser testigos de su último suspiro, que a la verdad no se hizo esperar largo rato.

- II -

El ajuste de un entierro

Pompa mortis magis terret quam
mors ipsa.

El difunto don Cosme había casado en segundas nupcias, a la edad de cincuenta y siete años, con una mujer joven, hermosa y petimetra... Puede calcularse por esta circunstancia la exquisita sensibilidad de la recién viuda y cuan natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte.

La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó a ser mensajero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá y asistida por diversidad de caballeros con la más interesante solicitud. Al verme entrar, la señora se incorporó, y alargándome su blanca mano, hubo aquello de respirar agitada, y sollozar, y desvanecerse, y caer redonda... en el almohadón.

Aquí la tribulación de aquellos rutilantes servidores; aquí el sacar elixires y esencias antiespasmódicas; aquí el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro, y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos!... Pero al fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pareció, en fin, resignarse con la voluntad del Señor, y aún nos agradeció a todos nominalmente por -nuestros respectivos auxilios, como si ninguno se le hubiera escapado, en medio de la ofuscación de su vitalidad, que así la llamó mi interlocutor de la alcoba.

Pero, como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutralizar la profunda aflicción de la viudita con la lectura del testamento de don Cosme, en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacía en favor de su consorte todas las mejoras que le permitían nuestras leyes, rasgo de heroicidad conyugal, que no dejó de excitar las más vivas simpatías en la agraciada y en varios de lo afligidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y después de tomar la venia de la señora, pasé a dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto dejando, como dejaba, su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servía de escena a otra transformación no menos singular, cual era la que había experimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé a aquel sitio, ya me encontré al buen don Cosme convertido en reverendo padre fray Cosme, y dispuesto, al parecer, y resignado a tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme a ella para negociar el precio y demás circunstancias a aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado a dilatarme más que pensé, ocuparía un buen rato la atención de mis lectores para transcribir aquí el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fui actor o testigo durante él en el despacho de la parroquia.

Pero baste decir que después de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto y la clase de entierro que, según ellos, le correspondía; después de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral; después de arreglar lo más económicamente posible la tarifa de responsos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristán, acólitos, capa, clamores, ofrenda, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumba, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa y oblata cuarta parroquia, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo de segunda clase, en los términos siguientes:

Reales

A la parroquia, dependientes y cera.1712

Ofrenda para los partícipes.630

Dos bajones y seis cantores con el facistol, a veinticuatro reales.192

Dos filas de bancos.80

Nicho para el cadáver, y capellán del cementerio.490

Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas, a diez reales y veinticuatro maravedises.107 2

Seis hachas para el túmulo, a ocho reales.48

La cuarta parte de misas para la parroquia.250

3509 2

Ya que estuvo arreglado convenientemente, sólo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera, pues todo el empeño de los amigos y aún de la viuda era que no pasara la noche en casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Hoffmann».

En los tiempos antiguos, cuando la civilización no había hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria, uno, dos o más días, con gran acompañamiento de blandones y veladores, responsos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad alternaban religiosamente en su custodia, o venían a derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religión y la filosofía encontraban en este patético espectáculo amplio motivo a las más sublimes meditaciones.

Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invención de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aún no habrán enfriado la cama, cuando de incógnito, sin aparato plañidero, y, como dicen los franceses, á la derobée, serán conducidos en hombros de un par

de mozos como cualquiera de los trastos de la casa: v. gr., una tinaja, un piano o una estatua de yeso. Luego que lo hayan entregado al sacristán de la parroquia, éste le hará colocar en una cueva muy negra y muy fría, y dando el gesto a una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela, y se asomarán y harán muecas al difunto, y dirán a carcajadas: «¡Qué feo está!»... y los elegantes al pasar se taparán las narices con el pañuelo, y las damas exclamarán: «¡Jesús, qué horror!... ¿por qué permitirán esta falta de policía?».

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita con la fresca, le volverán a coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente a la llanura de Chamberí, o le bajarán a las márgenes del Manzanares, donde, sin más formalidad preliminar, pasará a ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelera, con su número corriente y su rótulo que diga: «Aquí yace don Fulano de Tal»; y sin más dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni coronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murciélagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga a despertar la trompeta del juicio.

Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores para las humildes sepulturas de aldea, a donde todos los días, al tocar de la oración, vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos a dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana, que sólo la verdadera religión puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos más desprendidos; para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza a recorrerle.

- III -

La viuda

Vestida toda de luto
Cédula que dice al aire:
«Aquí se alquila una boda;
El que quiera, que no tarde.»
(CASTRO, comedia antigua)

A los cuatro días de muerto don Cosme celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de Holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes al Excmo. señor secretario de Estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y además, por advertencia de la viuda, que quería absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al final de la esquila y en muy bellas letras góticas la consabida cláusula de
El duelo se despide en la iglesia

Llegado el momento del funeral, ocupé, con el confesor y un vetusto pariente de la casa, el banco travesero o de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, amigos y contemporáneos del

anciano don Cosme, que venían a tributarle este último obsequio, y, de paso, a contar el número de bajones y de luces, para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto a la nueva generación, no tuvo por conveniente enviar sus representantes a esta solemnidad, y creyó más análogo el permanecer en la casa procurando distraer a la señora.

Concluido el *De profundis* con todo el rigor armónico de la nota, y después de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunviral, en tanto que se apagaban las luces y que las campanas repetían su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías a las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilar hacia la puerta, hasta que, cumplido este ligero ceremonial pudimos disponer de nuestras personas. Y sin embargo, de que ya la costumbre ha suprimido también la solemne recepción del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creímos oportuno el pasar a dar cuenta de nuestra comisión a la señora viuda.

Hallábase ésta en la situación más sentimental, envuelta en gasas negras, que realzaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponía largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, también enlutadas, que la tenían cogida entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegía al mismo Título. A uno y otro lado del sofá alternaban interpolados diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban apartes, sin duda en alabanza del finado.

Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los dúos sotto voce cesaron por un momento; la viuda, como que hubo de llamar en su auxilio la ofuscación vital del otro día; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron a distraer su atención enseñándole las viñetas del «No me olvides» y de aquí la conversación vino a reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetía, aunque en vano, su título. Después se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura, y la viuda parecía recobrar a la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mustia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon allí sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor!...

Viendo, en fin, mi compañero y yo que íbamos siendo allí figuras tan exóticas como las del Silencio y la Sorpresa, que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos despedirnos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo) atravesando la sala e interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante e iba a improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan «Que Dios» y concluyen «por muchos años», cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba a ser este apóstrofe extemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hacia la puerta, diciéndole: «Hombre de Dios, ¿qué va usted a hacer? ¿No sabe usted que El duelo se ha despedido en la iglesia?» (Junio de 1837)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

